



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 3 DE JULIO DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

## Cuando la naturaleza ayuda

EL CRISTAL HECHO AÑICOS  
OLGA DE LEÓN G.

La lluvia pasó a ser tormenta. Era un espectáculo de película, pocas veces visto por esos lares. La que creí que era neblina, no fue sino el viento que quebraba a ratos la vista, achicando las gotas de lluvia que se veían a lo lejos, quizá a unos setenta metros, más allá del parque más grande de la colonia. Ese que nunca han arreglado las autoridades ni vecinos. Ese en donde las corrientes que bajan del cerro, de la zona ahora fraccionada y plagada de edificios de más de cinco o siete pisos y casas de dos o tres plantas, vienen por debajo de ellas, de las casas y departamentos construidos no hace más de diez o doce años: los que aún no se caen, según mi vaticinio (con perdón del Señor que vive en los cielos, y de los que los habitan).

Pues, he aquí que esas corrientes desembocan en el parque, y han erosionado el terreno: dejando tremendas grietas y boquetes, ahogando algunos de los arbolitos sembrados por los vecinos y trayendo, además, piedras y basura.

Eso no es lo de menos... Una sequía así sucede cada diez años o más. Pero, si se agravó tras la tormenta y los desastres que trajo sobre las casas, ahora, debido a tanta agua.

Me asomé al sótano, que algún día fue una hermosa y ordenada biblioteca... hoy da tristeza ver la decadencia de sus dueños en la acumulación de objetos: réplicas de pinturas clásicas, efigies y antigüedades, de principios del siglo veinte y de mucho antes, armas de la época de la revolución... y tanto más entre escondidos sin intención bajo papeles, documentos, libros... Nada se luce... Todo se pierde entre polvo y años de abandono...

Casi pierdo pie, cuando en la oscuridad veo que había agua saliendo de los escalones. Al bajar, extendiendo mi brazo izquierdo atrás de la puerta para encender la luz, y veo añicos de espejo en el suelo...

Volví arriba, no lo pensé ni un instante, abrí la puerta principal y salí al pequeño jardín. Como era de esperarse, estaba inundado, y yo tenía que sacar el agua con lodo y hojas secas de allí. A mano limpia, a mis setenta y cuatro años, comencé a sacar el agua hacia la cochera que está al nivel de la calle. Y entre eso y sacar las hojas y palos secos de allí, escarbé junto a la barda de ladrillos rojos donde sabía que había un espacio precisamente para que la corriente saliera. Permanecí bajo la tormenta casi una hora.

Finalmente, cuando juzgué que había sacado suficiente líquido y un montón de hojas secas, entré de nuevo a la casa y me dirigí, ahora, al patio por una cubeta y un trapeador. Ya en la biblioteca, comencé la tarea de secar el cuarto: los dolores a todo lo que daban. Sentía que mi cuerpo se iba a quebrar de la parte lumbar, y que mis piernas no me sostenían.



Para el día siguiente, cuando la tormenta con rayos, truenos, relámpagos y con el furor de los dioses que cayó una noche de película, acabó, como por arte de magia, se llevó mis terribles dolores. Lo que ni las fuertes pastillas contra ello habían logrado.

Aquella noche, ¡nos llovió sobre mojado!, pero el cristal roto, hecho añicos hacía varios meses en el baño de la Biblioteca, no pudo ser la causa de tales avatares...

Así, sin cortarse ni un dedo, esta anciana cuidadora tuvo que volverse mujer maravilla, en pijama de franela y sudadera afelpada...

UN KILO MENOS

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Ahí estaba ella, blanca y quieta, desnuda bajo las sábanas, junto a él, como diosa de la fortuna cuando nos sonríe luego de una larga ausencia. Sus pechos: dos yeguas desbocadas corriendo por la orilla del mar: su cintura descendiendo al valle de pan y vino: un mordisco de labios que desgrana el oro del naranjo. Quieta como las llamas del fuego que no pueden escapar de la fogata, sino es solo como humo. Mujer que escucha desde lejos: la sangre descender, desde la bomba ardiente, para recorrer el cuerpo entero de su amante. Se habían conocido en un concierto de música fina y, a la vez: un espectáculo estruendoso y soez con chillidos y navajazos de sonidos contemporáneos. Música culta. Luego vino la invitación a comer: se alargó hasta convertirse en cena. Caminaron juntos en busca del taxi. Cuando a Eleonora se le dobló el pie al pisar con el tacón una piedra, Pedro la tomó del brazo sujetándola con cuidado, como chorro de agua marina que cae dentro de la cuenca de nuestras manos. Y en la cama, entre las sábanas, él le preguntó: "¿Vas a ser mi novia?", "sí, pero tienes que bajar de

peso". "Yo no sé cocinar, para seguir una dieta". "Yo te voy a preparar la comida los domingos, para toda la semana". Al día siguiente, Pedro acudió al gimnasio, a tres cuartos de su casa. Pidió informes.

Seiscientos pesos al mes no era demasiado para su bolsillo. Pero no sabía usar los aparatos. El entrenador personal: mil quinientos. "Bueno... eh... en un mes le aprendo a esto y luego comienzo a hacerlo solo", pensó Pedro. "¿Hace cuánto que no hace ejercicio?", le preguntó el entrenador. "Como veinte años". El joven lo llevó a la caminadora, ajustó los botones y le dijo: "Quince minutos. Ahorita vuelvo", y lo dejó ahí, intentando sudar, sin lograr mucho. "Ahora para acá", le dijo el entrenador al finalizar, haciendo una señal con el brazo, para que lo siguiera. "Hoy nos va a tocar el tronco superior, y brazos", y lo encaminó a una máquina de polea. Ajustó el tornillo de bloqueo en veinte libras y le mostró la manera adecuada de realizar el ejercicio. "Tres series de quince. Va a descansar sesenta segundos entre cada serie". Pedro no sintió que fuera suficiente peso para cargar, pero no rezongó. Se paró quieto, tan erguido como le es posible a una pera orgullosa, a punto de ser rebanada, y comenzó a doblar los codos hasta que sus puños alcanzaron los pectorales grasos, sin soltar la helada agarradera de metal sudado.

La primera semana, Pedro notó algunos cambios en la barriga: se le desinfló más que ligeramente, mientras que las piernas le engordaron. Pero la aguja de la báscula no se movía, al menos no como él esperaba. Y al concluir el mes, Pedro, que aún tenía novia, observó que la báscula seguía marcando noventa y ocho kilos.

"Estás transformando la grasa en músculo", le dijo Lola, "está bien".

Pedro logró relajarse con aquellas palabras, pero la hormiguita de la frus-

tración le picó el ombligo. Cuando llegó el primer día del nuevo mes. Le pareció buena idea seguir con su entrenador. "Solo un mes más", se dijo. Pero encontró la sorpresa de que el entrenador había renunciado. Sin entender bien a bien cómo funcionaba cada uno de los aparatos del gimnasio, siguió de frente, pasando el torniquete de entrada. Recordó que le tocaba ejercitar el tren inferior, por lo que fue y se sentó en la prensa de piernas. ¿Cuánto peso colocaba el entrenador? ¿No se suponía que él iba a prestar atención porque al final del mes, debía dejar a su entrenador? ¿Piernas juntas? Yo creo que ciento veinte libras son buenas.

Comenzó a elevar las pantorrillas. Definitivamente era más peso del que estaba acostumbrado, pero eso hacía el entrenador, ¿no?, incrementar la carga en cada sesión. Para la tercera serie, el esfuerzo lo obligaba a doblar su torso hacia el lado izquierdo. "Ya empecé, ahora termino la serie," se dijo a sí mismo. Incluso la empleada de la limpieza se le quedó mirando. Su rostro, su pecho y su estómago se hinchaban como peces gordos, con cada levantamiento.

Al día siguiente, ejercitó el tronco superior. Y a los tres días fue a consulta con el doctor, por una molestia que le apareció en el estómago. Se recostó en la banqueta de altura, el médico exploró un poco, toquidos por aquí y por allá, el hombre de bata blanca giró su cabeza a la derecha, pensativo, llevó sus dedos a la boca y dijo: "Parece una inflamación en el intestino grueso. Esperemos que eso sea". Extendió la receta y Pedro salió con la mente puesta en la farmacia más cercana. Compró todas las pastillas en sus versiones genéricas.

Al día siguiente, volvió al consultorio. "Quiero decirle si me puede recetar algo para el dolor del estómago, doctor; ha estado creciendo. "Ya le receté algo para el dolor", respondió el médico, "entonces no es abdomen agudo. Acuéstese". Y luego de algunos segundos, preguntó: "¿Aún tiene el apéndice?". "¿Cómo podría no tenerlo?". "Se puede inflamar por una bacteria, y debe quitarse". "¿No me diga eso!".

"Se puede obstruir y como conecta con el intestino grueso...". El silencio duró lo que la exploración. "¿Le duele aquí?". "Mucho".

"Necesita irse al hospital directamente, a que le hagan exámenes y si es apendicitis, lo operen". "No tengo dinero, solo el IMSS".

"Úchale", le dijo el doctor. "Tienen muy buenos cirujanos; pero los médicos generales le van a querer decir que es otra cosa. A veces ese servicio es tan chafa como... Mire, lo mando con mi diagnóstico y no salga de ahí si no es con exámenes que descarten la apendicitis".

A los dos días, Pedro salió de la operación y, finalmente, con un kilo de menos: lo que pesaba el apéndice.



Ramón Gómez de la Serna

(Madrid, 1888 - Buenos Aires, 1963) Escritor español. Licenciado en derecho por la Universidad de Oviedo, consagró su vida exclusivamente a la actividad literaria, en la que se mostró como un escritor fecundo y pionero de un tipo de literatura que, dentro de la más pura vanguardia, se erige como una construcción personal de gran originalidad.

Sus primeras obras muestran una actitud crítica e innovadora frente al panorama literario español, dominado por la generación del 98 (Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Azorín, Ramiro de Maeztu), y coincidió con la dirección, asumida desde 1908, de la revista Prometeo, receptora y difusora de los primeros manifiestos vanguardistas en España, de los que fue su primer e incondicional defensor e impulsor. Animador indiscutible de la vida literaria madrileña, en 1914 creó una de las tertulias más frecuentadas y famosas con que ha contado Madrid, la del Café Pombo.

Su particular visión de la literatura, concebida dentro de los presupuestos del arte por el arte, sin ningún intento de reflexión ideológica, dio lugar a un género inventado por él, las greguerías, definidas por el propio autor como «metáfora más humor». Consisten en frases breves, de tipo aforístico, que no pretenden expresar ninguna máxima o verdad, sino que que retratan desde un ángulo insólito realidades cotidianas con ironía y humor, a base de expresiones ingeniosas, alteraciones de frases hechas o juegos conceptuales o fonéticos.

Su vasta producción literaria incluye desde artículos y ensayos, algunos agrupados en libros, hasta dramas de tema erótico y obras más o menos novelescas, muchas de ellas basadas en una trama truculenta, al modo de los folletines costumbristas, que por las incoherencias en la narración, las imágenes de tipo surrealista o el barroquismo de la expresión se convierten en una forma de absurdo que destruye todo sentimentalismo y las acerca a lo patético y grotesco.

Aplaudida por José Ortega y Gasset, la obra de Ramón Gómez de la Serna ejerció una influencia inmediata en los jóvenes poetas de la generación del 27: el culto a la metáfora, en efecto, caracterizó los comienzos de Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca e incluso del joven Miguel Hernández. También en Hispanoamérica apreciaron su obra Pablo Neruda y, posteriormente, el mexicano Octavio Paz. En 1936, a raíz del estallido de la guerra civil española, Gómez de la Serna se exilió en Buenos Aires con su esposa, la escritora Luisa Sofovich, y en 1948 publicó la obra autobiográfica Automoribundia, testimonio de su vida y compendio de su estilo y su personal concepción literaria.

ad pedem literae

Lo que es digno de hacerse, es digno de que se haga bien

Conde de Chesterfield

Letras de

buen humor

El dinero siempre está ahí; sólo cambian los bolsillos

Gertrude Stein

Mónica Lavín

## Estreno

Estoy de plácemes (también estrenó esta palabra que nunca voy) porque aquí en el Caribe mexicano voy a presenciar el estreno de una obra musical del compositor sonorense Arturo Márquez. Seguramente lo conocen por sus composiciones clásicas alrededor del danzón: el Danzón No. 2 es ya un clásico. Si no lo han hecho, sugiero que las escuchen porque en el panorama de la composición mexicana contemporánea es uno de los autores más notables y quien ha tomado ritmos originales para construir obras sinfónicas. Provocan el sentido de pertenencia que logra el Huapango de Moncayo. Así me sucedió en el encore del concierto inaugural del Festival Paax-GNP dirigido y creado por Alondra de la Parra. A uno

se le pone la piel chinita con esos ritmos y esa instrumentación que reconoce entre arpas trompetas, güiros, maracas, violines, bajos y un cuatro que de repente rasga uno de los músicos. El concepto del Festival con 100 músicos de 20 países y cinco estrenos es muy interesante y la experiencia ya comenzó muy bien con el primer concierto del 29 de junio en el Hotel Xcaret Arte, donde La Orquesta Imposible, esa reunión de solistas de todo el mundo que imaginaba Alondra de la Parra —que se logró en la distancia pandémica—, es un hecho aterrizado

donde pude escuchar en primera fila el arranque con un Prokofiev vibrante, un Barber melancólico en la voz del tenor Julian Prégardien que interpreta el poema de James Agee (en que se basó el compositor, ambos dolidos por la pérdida del padre, uno en la infancia, otro mientras componía la pieza musical, se

lee en las Notas de programa del conocedor Lázaro Azar): Knoxville, Summer of 1915. La pieza

de Khachaturian, de color y pulsión armenia, acunó el virtuosismo y la garra de un violinista serbio de primer orden como Nemanja Radulovic. Orquesta, directora y violinista parecían sostener una conversación intrincada e intensa. El violinista Nimanja con su cascada de pelo hirsuto y oscuro se mimetizaba con la rebeldía de su violín. Las cuerdas se te metían en el cuerpo al tiempo que los movimientos enérgicos, casi danza, del torso, las manos y la mirada de Alondra de la Parra se apreciaban de espaldas y de frente, en la pantalla que la retrataba.

Pero empecé hablando de la emoción del estreno, de esas fortuitas ocasiones en que somos los primeros depositarios de una experiencia. Eso va a ocurrir esta noche en que inicia el mes de julio (para cuando usted esté leyendo esto habrá sucedido) en que La Orquesta Imposible dirigida por De la Parra dé vida por



primera vez en el mundo a La sinfonía imposible, de Arturo Márquez, que también lleva por título Las peras del olmo. En el programa que tengo en mis manos se leen las diferentes partes de la sinfonía que el compositor desea tengan solución ("lo imposible posible"): Cambio climático, Equidad, Sin retorno (migración), Resiliencia, entre otras. El festival presenta todos los días a La Orquesta Imposible y en un foro abierto el Paax Darkside: ensambles musicales (cuartetos, quintetos, danza) bajo títulos sugerentes como Atmósferas imposibles, Guataqueando, Mambo Jambo. Y para cerrar con broche de oro estará Concha

Buika. Buika And Friends. Si ustedes están salivando, yo también.

La música salpica el alma de belleza y Alondra de la Parra se propone sembrar el estudio de la música entre niños y jóvenes para formar orquestas en las comunidades de la península yucateca con el proyecto Armonía social que en el nombre lleva la intención. Por dónde quiera que se vea lo imposible es posible. Yo, por lo pronto, me dispongo a disfrutar el estreno de esta noche. Y a recordar que cuando entrevisté a Alondra de la Parra para el libro Mexicontemporáneo, ya estos sueños estaban tejiendo su camino.